

El asco desde la mirada psico-social: emociones y control social

ADRIANA GIL JUÁREZ

51

INTRODUCCIÓN

En comparación con otras emociones, el asco no ha sido excesivamente tratado, ni ha gastado tantas páginas y tanta atención por parte de los especialistas en el tema. Quizás esto se deba precisamente a su carácter asqueroso, contaminante y repugnante. Éste limitaría sus posibilidades como objeto de estudio a científicos pudorosos: lo asqueroso contamina todo cuanto toca (olores corporales, aguas negras, vertederos, comida putrefacta, etc.), incluso podría extenderse a quienes le estudian (Miller, 1986, citado en Miller, 1997). O quizás se deba a su función social: el hecho de que funcione como un poderoso mecanismo de cohesión social y control, de manera que todo aquello que atente contra el orden establecido (como la sangre, la violencia, la pederastia, el incesto, las relaciones interraciales, el mal gusto, etc.), nos resulta desagradable, inmundo y nauseabundo.

Pero ya sea porque el asco nos ayude a mantener y preservar la salud o porque nos ayude a preservar las costumbres y creencias a usanza, invariablemente consigue mantener a salvo a la especie humana. El asco es nuestro límite, nos señala la frontera hasta donde podemos llegar sin peligro alguno, pero también es nuestra posibilidad, la posibilidad de ver de qué están hechos los supuestos políticos y los dispositivos de control social con los que echamos a andar nuestra subjetividad. Así que ya sea que estemos delante de olores corporales, sabores amargos o tactos repugnantes o bien delante de valores deteriorados, comportamientos abominables o relaciones aborrecibles que repudiamos, estamos delante de una grieta o intersticio de interés para la psicología social. Es así, que lo antisocial marcado por el asco se constituye en un rastro a seguir.

Por supuesto no hace falta hacer una lista de cosas que dan asco para dar cuenta de qué hablamos. Probablemente dicha lista sería de

mal gusto, pero no por ello se dejaría de hacer, la cuestión es que no hace falta, porque seguro que al leer estas líneas más de uno habrá sucumbido a la tentación de imaginarse algo asqueroso.¹ Y eso, porque lo asqueroso no sólo provoca rechazo y aversión, sino también fascinación y atracción, el tipo de fascinación que llamamos morbo.

En este texto queremos dar cuenta de que ambos extremos son uno mismo: rechazo y fascinación, provocados por lo asqueroso. Si atendemos al asco y rechazamos todo aquello que lo sea, estamos atendiendo al orden social establecido; pero si aquello asqueroso nos atrae y nos fascina, estamos quebrantando dicho orden, aunque en cualquier caso nos guiamos por el mismo hilo, sólo cambia el punto desde donde comenzamos a estirar la cuerda. En ambos casos estos extremos nos muestran las coordenadas del control social. Para ello argumentaremos que las emociones deben ser entendidas en psicología social como dispositivos de control social, es decir como un proceso ligado al mantenimiento del orden social vigente.

EMOCIONES NO DESEADAS

Un caso que ayuda a ejemplificar las emociones como dispositivos de control social es el de las emociones no deseadas. Emociones que se tienen, o que lo tienen a uno, en momentos inoportunos, como la risa en el momento más álgido de la ceremonia más solemne, de la que no sólo nos interesa explicar su origen sino también sus efectos. Las muestras de emoción inoportuna son altamente sancionadas, no tan sólo por los otros, sino por uno mismo, ocupando inmediatamente la vergüenza y la culpa el espacio dejado por la emoción que estaba fuera de lugar, lo que evidencia la norma que se

rompe con dicha emoción indeseada y muestra cómo las emociones están íntimamente ligadas a las formas de lo social. Las emociones no deseadas no son otra cosa que grietas en el consenso social sobre el sentido de las situaciones vividas. Un mundo en constante transformación también es un sujeto que cambia emocionalmente, y no siempre está claro qué debe sentir y cómo. Paradójicamente, estas emociones que nos sorprenden por su inoportunidad y su capacidad para avergonzarnos, refuerzan un cierto discurso sobre lo incontrolables que son las emociones y generan grandes dosis de angustia y un profundo deseo por controlarlas, es decir por interiorizar el orden social.

Por supuesto, el asco no tiene siempre la forma de la emoción inoportuna, incluso a menudo es francamente oportuno. Pero sí que se presenta como tal en algunas situaciones específicas, como la profesional del médico o la amorosa del cuidador, que no pueden permitirse sentir asco hacia el objeto de su profesión o de su amor y que (si les sorprende en el cumplimiento de su deber), puede cuestionar la propia profesionalidad o el propio amor. En efecto, el amor y el profesionalismo pueden neutralizar el asco, y también pueden ayudar a soportarlo la solidaridad y la empatía. Aunque todo ello no lo hace menos indeseable, a nadie le gusta sentir asco, ni se considera una emoción placentera ni por supuesto deseable. Pero, sí que muestra cómo el orden social se encuentra imbricado en la emoción y cómo la emoción no deseada saca a la luz este orden.

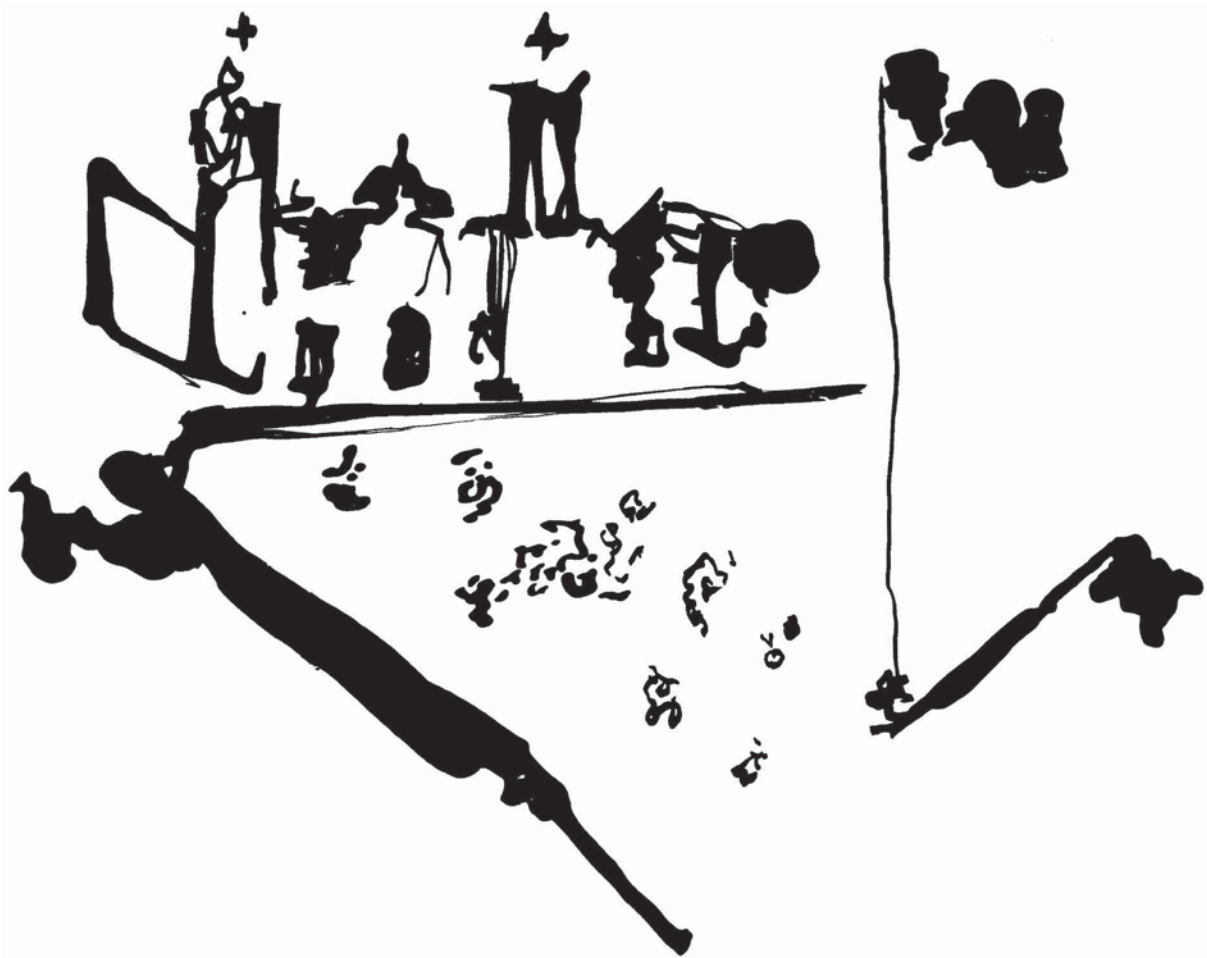
Todo mundo quiere evitar ensuciarse con las cosas asquerosas, ya sea literal o figuradamente, física o moralmente. Aunque sepamos que hay personas que tendrán que ensuciarse por el bien social (como por ejemplo los barrenderos, los médicos, los policías, los carniceros, los abogados, los pescaderos, los psicoanalistas, los prostitutas, los pedicuristas, los trabajadores de prisiones, los odon-

¹ Como pus, mocos, cerumen de orejas, heces, flatulencias, vómitos, eructos, costras, egoísmo, lujuria, ostentación, etcétera.

tólogos, los ginecólogos, los periodistas del corazón, etc.), para evitar el asco sólo hay dos soluciones, o bien convertir su objeto en objeto de nuestra profesión o de nuestro amor, o bien evitar el contacto, siquiera visual u olfativo, con el objeto de la repugnancia, lo cual lo relaciona otra vez con lo social, dado que aquello que nos repugna es aquello que queda o se sitúa fuera de nuestro orden, fuera de lo pensable y de lo admisible, pero también se sitúa en lo social porque nuestros ascos están situados históricamente.

En efecto, en cada momento situamos aquellos elementos que son impensables e inadmisibles en nuestro quehacer cotidiano, pero que en cuanto se transforma el orden social que los hace necesarios,

desaparecen o se transforman. Recordemos por ejemplo, cómo el baño era visto como algo antihigiénico y peligroso para la salud, y como era considerado una práctica habitual, perfumarse y no asearse para oler bien (Corbin, Courtine y Vigarello, 2006). Pero oler bien no pretendía desodorizar al cuerpo, sino añadir un olor agradable a la gama de olores de la época, que sin hábitos de higiene, refrigeración y alcantarillado, era sin duda intensa. Hoy en día, a nadie le parecería contraindicado un baño, al menos no por estas razones, aunque se empiezan a perfilar por ejemplo, las razones ecológicas para no recomendarlo. Tal vez en un futuro será de mal gusto acicalarse tanto como la imagen actual deseada lo solicita, por escasez de recursos quizás.



Liliana Ang, Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM.

Todo mundo quiere evitar ensuciarse con las cosas asquerosas, ya sea literal o figuradamente, física o moralmente.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

El asco es considerado una emoción básica en gran parte de las clasificaciones elaboradas por los investigadores del campo emocional (ver Ortony, Clore y Collin, 1988). Aunque dicho sea de paso, no hay acuerdo sobre algo a lo que se llama básico. Esto nos da un dato de su función social. Siguiendo a Ortony *et al.* (1988) existen varias maneras de pensar las emociones como básicas, todas igualmente problemáticas. Una emoción puede ser entendida como básica porque aparezca en una edad temprana, porque aparezca en momentos en que se vea afectada la posible supervivencia del organismo, porque se crea universal, porque se la imagine mezclándose para formar emociones mixtas o combinándose para formar emociones complejas, porque compela de una forma especialmente fuerte a la acción, porque sus expresiones corporales sean espectaculares, porque haya sido “observada” en animales más básicos que nosotros, o porque tenga desencadenantes simples o menos complejos.

En fin, establecer las emociones básicas ha sido y es algo ciertamente complejo, como lo es el intentar dilucidar si esto quiere decir que las hay básicas y no básicas, o sólo más básicas y menos básicas, y entonces ¿cómo se mide su gradación? Y finalmente el gran problema, ¿cuáles son las realmente básicas? Ciertamente, el asco cumple todos los criterios comentados más arriba con la notable excepción de haber sido observado en otros animales, de momento no hay animales con asco, y por ello figura como básica en gran parte de las

taxonomías realizadas, pero hay que llamar la atención sobre su supuesto carácter básico, puede que conlleve automáticamente a pensar el asco como universal. La supuesta universalidad de las emociones se ha basado fundamentalmente en su origen primitivo, animal, e irracional, ergo, perteneciente a otras especies también. Pero el caso del asco presenta la dificultad de que aun siendo considerado dentro de las emociones básicas, no se ha podido argumentar su animalidad² (como no sea la de las personas que la practican).

Es más, la existencia misma del asco, cuestiona en profundidad todo lo que de animal se ha supuesto que tienen las emociones. Justamente, el asco, del que cualquier persona podría decir que es “natural”, “visceral”, “espontáneo”, “automático” (como deben serlo las emociones), nos muestra a través de nuestra incapacidad para encontrarlo en otras especies animales, que las emociones son antes que nada sociales. A lo sumo, al igual que el

² Quién afirma que los animales tienen asco, puede estar traduciendo directamente del “disgust” inglés, en este caso los animales tienen asco, pero no se trata de la emoción sino del desagrado, e incluso la náusea, que suscita un alimento en mal estado o venenoso. Lógicamente, si el asco, en este sentido limitado, es una emoción o no es objeto de polémica, aunque esta discusión tiene repercusiones muy importantes más allá del asco: según a qué se llegue podría argumentarse plausiblemente que el concepto de emoción no es aplicable en los animales, lo cual perjudicaría enormemente los argumentos de la perspectiva evolucionista (ver Griffiths, P., 1997, 2004 y Brown *et al.*, 1999).

lenguaje, se necesita una base biológica para tenerlas y expresarlas, pero eso no las hace eminentemente biológicas, ya que el hardware necesario para emocionarse, no agota su definición, ni es causa exclusiva de lo que se siente exactamente. Igual que la biología no nos dice ni qué pensamos ni qué hablamos en nuestro uso del lenguaje, la biología no nos dice qué sentir, y aún menos, por supuesto, qué significa lo que sentimos. Se considera que la universalidad de los gestos se demuestra por el hecho de encontrar los mismos gestos en diferentes grupos humanos, incluso en aquellos que no tienen contacto con los agentes socializadores típicos como los Media.³ Pero siempre se olvida que lo que uno conoce es la interpretación del gesto, interpretación que empieza en la mirada al gesto, y esto adquiere su significación en lo que compartimos socialmente.

Cuando se encuentran las mismas cosas en diferentes partes del mundo, en diferentes grupos sociales y que son de vital importancia para la vida humana, suele pensarse que se trata de universales que definen lo que de esencial tenemos como especie humana. Si bien esta lógica de pensamiento ha estado avalada por la forma de producción científica positivista durante largo tiempo, la lógica que ha permanecido en segundo plano, es que efectivamente lo que hay en común entre todos los grupos esparcidos por el mundo, es su carácter social, y las prácticas que con ello han construido. Ello hace que se especifiquen y se realicen de manera diferente en cada entorno en particular y en cada período concreto. Por ello es que en nuestros días, según Paul Ekman, "...hay muchos niños que les gusta sentir asco y hay toda una industria que fabrica juguetes asquerosos con olores desagradables para niños. Y también hay adultos a los que

les gusta sentir asco, sentir desprecio, o sentirse superior."⁴ A lo que se pueden añadir las "chuches" con forma de insecto o gusano.

El asco no nos muestra solamente nuestra radical diferencia con lo animal, también nos muestra nuestra radical socialidad con tan sólo mirar la otra cara de la misma moneda (se dice que se odia a los que son mejores que uno mismo, o a los iguales, pero los inferiores sólo dan asco). Será seguramente por lo reveladora que resulta esta emoción básica, que se la considera como una de las emociones negativas.

A pesar de la ausencia de asco entre los animales, el asco ha sido pensado predominantemente de manera que se lo ha relacionado con lo animal. Por un lado como un producto de la evolución, por el otro como el intento de los humanos de olvidar su pasado animal construyendo poderosas defensas, psíquicas y culturales, contra toda posibilidad de contaminación. El argumento evolucionista parte, como es lógico, de Darwin, el cual trató específicamente el asco entre las emociones surgidas del proceso de selección natural. Efectivamente, las especies que sobreviven son aquellas que son capaces de integrar mecanismos de rechazo de aquellos alimentos que saben o huelen mal.

Por supuesto los evolucionistas son conscientes de que la práctica del asco entre los humanos desborda claramente los límites del desagrado hacia algunos alimentos, pero aún así consideran que el asco tiene que haber surgido lógicamente del malestar imprescindible que genera toda sustancia contaminada o contaminante. A esta postura se le puede criticar su confusión entre asco y náusea (Miller, 1997). El asco no solamente se explicita a través de la náusea entre los humanos, sino que también usa el desprecio, la humillación, el disgusto, el desagrado e incluso el aburrimiento para materializarse.

³ Esto decía Paul Ekman en charla con Eduard Punset http://www.eduardpunset.es/charlascon_detalle.php?id=12

⁴ *Op. cit.*

Otra línea de razonamiento, más inspirada por el psicoanálisis, plantea que el asco tiene relación con nuestro origen animal (Rozin *et al.*, 2000). Se constata que gran parte de lo que nos produce asco tiene un origen animal, tanto si es un (sub) producto animal como si se trata de algo que ha sido mancillado por un animal y al mismo tiempo se incorpora como explicación una teoría de la distinción: nos da asco aquello que nos recuerda nuestra naturaleza animal (Rozin *et al.*, 2000). Así, el asco nos impulsaría a alejarnos de todo aquello que amenaza nuestro estado de civilización y nos podría retornar a nuestro estado anterior de animalidad irracional.

Por supuesto, a esta línea argumental se le puede criticar su anacronismo, ya que tal explicación no tendría sentido sino hasta el momento en que se postuló nuestro origen animal, algo que no ocurrió hasta finales del siglo XIX, y que por lo tanto, pondría en serias dificultades cualquier modelo que pretendiera que el asco es una emoción básica, siguiendo el argumento de la animalidad. Al intentar unir los argumentos evolucionistas con sus propios argumentos, Rozin *et al.* (2000) comentan que el asco habría surgido como un mecanismo de protección del cuerpo que luego se habría extendido y habría evolucionado hacia un mecanismo de protección del alma (podríamos decir también de nuestra subjetividad humana).

Miller, que se considera a sí mismo historiador social, ofrece una explicación diferente. Para este autor lo esencial del asco es que éste consiste, en gran parte, en darse cuenta de que se tiene (Miller, 1997). El asco es una emoción acerca de algo, que se produce en el momento de la relación con éste algo, y que por lo tanto delimita el terreno de la relación que uno puede tener con este algo productor de asco. De hecho, en el caso del asco, como dicho sea de paso en el resto de emociones, se necesita de un objeto que lo convoque. Es pues, ana-

lizando los objetos del asco humano como puede descubrirse qué funciones realiza, a qué acciones conduce, y por lo tanto qué sistema social sostiene.

El asco, como cualquier otra emoción, es un fenómeno social, cultural y lingüístico. A lo que se puede añadir entonces fácilmente el interés por el lenguaje del asco: quién, cómo, cuando y qué se dice sobre el asco. Se puede añadir también el interés por su carga simbólica, por sus contextos de invocación. Efectivamente el asco es una emoción básica, pero no por biológica y universal, si no porque es la emoción que paradigmáticamente nos muestra las fronteras del orden social y algunos de los mecanismos de control que practica-mos para mantenerlo.

EL ASCO COMO DISPOSITIVO Y COMO PROCESO

Foucault (1977, p. 128), define el dispositivo como “un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos.” Los dispositivos de control social, no se aplican únicamente a las acciones que son posibles de emprender, sino también a los cuerpos que es posible tener en un momento dado y a cómo actúa uno a través de ese cuerpo, mediante la distribución y regulación de las emociones. Por supuesto el asco puede ser comprendido a través de esta idea de dispositivo: porque no solamente existen enunciados y proposiciones científicas, filosóficas y morales sobre sus objetos, sino que además existen toda una serie de disposiciones legales que regulan el contacto con ellos (desde la recogida de basura hasta las leyes de extranjería). Curiosamente, el principal discurso cotidiano sobre las emocio-

Nuestra aprehensión del mundo es lo que nos configura como personas.

nes predica su consustancial inaprensibilidad, su imposibilidad de control y de gestión, este es también el caso del asco. De ahí que debamos empezar a sospechar que la relación entre la emoción y el control social debe ser más profunda de lo que pensamos, si lo que parece ser el discurso dominante sobre las emociones, nos incita a dejarlas de lado, a no tocar demasiado el tema, y a no encontrar control donde no debe ser visto.

Por supuesto para poder actuar como tales mecanismos de control, las emociones requieren inicialmente de un discurso previo sobre la libertad individual y la posibilidad que se le otorga a la persona de elegir y hacerse su propio destino. El discurso del control de las emociones refuerza entonces que se deban emprender acciones de control externo sobre las personas que no son capaces de mantener este control por cuenta propia. Así, los dispositivos de fuerza que se utilizan contra niños, mujeres, pobres, delincuentes, viejos, enfermos mentales... se justifican por la falta de autocontrol emocional de estas personas. Los ya clásicos dispositivos de encierro (el hogar para la mujer, la escuela, la cárcel, las residencias, los albergues, los manicomios, los centros de acogida, los campos de refugiados...) vienen legitimados por el discurso sobre las emociones, al mismo tiempo, que como vio Foucault (1975), sirven para la constitución de cuerpos que controlen la expresión de sus emociones y que por lo tanto controlen el asco que pueden suscitar en otras personas con su apariencia, sus expresiones verbales y sus comportamientos desequilibrados.

Como se puede ver, el listado de personas que deben ser controlados más allá de la constitución

de su propio cuerpo y de su propia subjetividad por dispositivos de vigilancia y castigo, se corresponde punto por punto con los sujetos que son también objeto de asco en alguna de sus dimensiones: los niños por su falta de control sobre su propia limpieza, las mujeres por sus fluidos menstruales y su emocionalidad incontrolada, los pobres por su olor y su falta de buenas maneras, los delincuentes por sus constantes transgresiones morales, los viejos por su pérdida de autonomía y por la decrepitud de su cuerpo y mente, los enfermos mentales por su estupidez, etc.

El asco proclama que el interior (los órganos, los fluidos, los excrementos) es asqueroso y que el exterior (lo otro, lo monstruoso, lo siniestro, lo extranjero) también lo es, uno puede ser contaminado por lo que viene de fuera y por lo que viene de dentro, que una vez salido puede volver a entrar si no estamos atentos.

La fuerza del asco como experiencia sentida puede ser muy convincente, está construida como argumento último de las cosas: déjate guiar por tu estómago, lo que te diga tu olfato es lo que debes hacer, sólo tienes que sentir y dejarte llevar, etc. Parece que si sientes las cosas esa es su verdad última. Efectivamente, las emociones están en lo más fisiológico de cada uno de nosotros, pero no porque sean un hecho meramente psíquico ni fisiológico si no porque son la materialización en el cuerpo del dispositivo de control social que nuestro modo de vida requiere.

Simultáneamente las emociones deben ser entendidas como procesos. Las emociones son de los pocos "objetos de estudio" en psicología social

La ira, la rabia y los celos se perdonan siempre y cuando sirvan para defender la propiedad privada.

que no hemos pensado como procesos. La propia manera de conceptualizarlas, la manera en como las explicamos en la disciplina y el cómo las narramos y las hacemos encajar en el día a día, las han cosificado, pero son un proceso, que se especifica cada vez en las interacciones y negociaciones sociales y que es lo que conforma nuestra subjetividad.

Crawford, et alli (1992) también las consideran un proceso, por ejemplo: “Los conceptos más importantes en relación a la emoción como proceso dinámico son la activación y la reflexión, al mismo tiempo intuitivas y deliberadas. Una vez una emoción ha sido construida, una activación intuitiva puede que sea lo único necesario para elicitar la respuesta emocional, pero argumentamos que en la construcción de esa emoción, la conciencia y la reflexión deliberada es necesaria” (p. 112). ¿Si no, cómo se puede aprender el asco hacia las cucarachas?

La emoción (el asco) es una de estas emergencias del sistema social humano. No lo precede sino que surge gracias a él. La emoción (el asco) es un lenguaje, aunque esto no quiere decir que sirva para expresar ninguna verdad escondida, ninguna realidad. Tampoco sirve para comunicar nada, puesto que no es como el lenguaje secreto de las plantas mediante el cual ellas se explican sus cosas. No es la manera en que dos individuos se transmiten información sobre el estado del otro. Igual que tampoco es eso ni tiene esta función el lenguaje verbal. El lenguaje textual tiene como función principal la construcción de realidad, incluida la realidad de sus sujetos hablantes, para la emoción pasa lo mismo,

la emoción (el asco) construye determinadas realidades, y además es un punto de apoyo mediante el cual el lenguaje verbal también las puede construir. De hecho el uno no puede pasar sin el otro y el lenguaje emocional tiene su discurso por supuesto: discurso sobre las emociones, sobre qué son y sobre qué hay que sentir con cada emoción (con el asco) i cómo hay que afrontar lo que se siente.

Los sujetos en tanto que sujetos hábiles de la sociedad saben perfectamente qué tipo de reacción corporal se corresponde con determinada emoción, lo cual no impide que varias emociones usen el mismo tipo de activación pues el substrato biológico no permite cualquier sensación. Lo que no llegaron a decir Schachter y Singer (1962) al plantear su teoría bifactorial de las emociones, es que es la emoción, en tanto proceso social, quien utiliza el substrato biológico para definirse a sí misma, como lo utiliza el asco al hacernos sentir náuseas ante una conducta que juzgamos inmoral.

Decir que las emociones están construidas socialmente no es nada más afirmar que no son de origen biológico ni dadas de una vez y para siempre, lo más importante es decir que son un proceso en constante devenir, que se especifican se deciden y se negocian en cada situación y que por tanto no se sienten, ni antes ni independientemente de las interacciones en las que surgen, que requieren siempre de los otros para poder existir y que como procesos psicosociales son susceptibles de transformación y cambio. Otras emociones no sólo requieren otras palabras para nombrarles y construirlas

de otra manera, también requieren otras prácticas, otras acciones sobre el individuo y sus relaciones, otras intervenciones sobre el propio cuerpo.

Es este carácter cambiante y modificable, lo que nos aleja más de su caracterización como subproducto de nuestro cerebro más primitivo. El asco no deja de ser un buen ejemplo de ello: se trata de una emoción básica que no se encuentra en otros animales y que además de distinguirnos de ellos, nos permite distinguirnos (léase discriminarnos) los unos de los otros. El concepto de ser humano de la modernidad ha considerado que la humanidad la otorga la posesión de un determinado cuerpo, biológico si así se quiere llamar, y que por lo tanto los chimpancés o las amebas no son seres humanos, igual que en otro momento lo humano no vino dado por el cuerpo sino por el alma, lo cual dejó fuera a mujeres e indios, por ejemplo. El asco ha tenido tradicionalmente esta utilidad, nos dice quién es humano (el que siente asco) y quién, o mejor dicho qué, no merece serlo (el que lo recibe: el asqueroso).

EL ORDEN EMOCIONAL

Parafraseando al Wittgenstein del *Tractatus* podríamos decir que los límites del asco son los límites de nuestro mundo. De hecho, traspasar nuestro mundo, ir más allá de lo humano, implica vencer el asco, como cuando Jesús lavó los pies de sus discípulos o San Francisco tocaba a los leprosos. Vencer la vida mundana y terrenal, o como decía Ortega y Gasset (1947) despegar de la existencia entre otras cosas mediante el asco —de todo resto de vicio y debilidad humanas— para conseguir la estética pura, dice mucho sobre lo que es lo que se encuentra en la escala de lo humano, de lo deseable, de lo normal, de lo aceptable y de lo que no.

En general todas las emociones, como decíamos arriba, en tanto que dispositivos de control social, delimitan nuestro mundo. La afectividad, media nuestra relación con el mundo, es la manera

a través de la cual lo conozco, lo aprehendo y me resulta significativo. Las emociones concretan el modo en el que nuestra realidad nos afecta, nos perturba, nos conmueve, nos aflige, nos impresiona, nos sobresalta, nos inquieta, nos entristece, nos altera, nos trastorna, nos inmuta, nos molesta, nos cambia, nos excita, nos alegra. En efecto, la emoción no es un estado psíquico, sino la forma de sujetar/nos a/el mundo en tanto sujetos sociales.

Y, sin lugar a dudas nuestra aprehensión del mundo es lo que nos configura como personas, la formación de nuestra subjetividad es coextensible con la formación del mundo. “Dime lo que te da asco y te diré quién eres” —dice Amélie Nothomb.⁵ Nuestras aversiones son lo que realmente nos define. Pero curiosamente, no en el sentido individualista que asumimos sin problemas desde nuestro sentido común. En él, el asco es una emoción que a primera vista, pudiera parecer estrictamente individual: cada cuál siente asco a unas cosas y no otras y eso forma parte de su genética, de su personalidad y/o de su idiosincrasia. Queda a la ‘cultura’ y/o a la ‘educación’ de cada cual, si le gusta comer gusanos, hormigas, perros o bien ostras, caracoles, gambas, vísceras, o cerdo. En el entendido de que, quien se ha ‘educado’ bien, sabrá no provocar jamás esta emoción en sus congéneres y podrá identificar perfectamente y sin problemas, las situaciones que le provoquen asco (en cualquiera de sus formas) y la mayoría de las veces podrá evitarlas sin dificultad, o en su defecto actuar en consecuencia: asqueándose, como corresponde.

Justamente por esta indistinción entre lo personal y lo colectivo, tan bien relatada por los interaccionistas simbólicos, es que podemos hablar de un orden emocional, que sería equivalente a nues-

⁵ Amélie Nothomb, *Métaphysique des tubes*, Albin Michel, París, 2000 (*Metafísica de los tubos*, Barcelona, Anagrama, 2001).

tra noción común de orden social. Con la salvedad de que el orden emocional nos recuerda que somos nosotros, desde nuestra subjetividad, quiénes conformamos el orden social. Es decir, que no hay orden social sin orden emocional, ni viceversa, y que toda construcción colectiva de las emociones conlleva una vivencia subjetiva de éstas.

Ciertamente, ese gran orden social se sostiene en nuestras vidas concretas y particulares que parecen tan individuales. De ahí, la posibilidad y la dificultad siempre presentes, de la transformación colectiva. Porque el orden emocional no nos es irrelevante, lo *sentimos*. Dado que la emoción nos conmueve (nos mueve conjuntamente) es ella quién posibilita la puesta en marcha de cualquier movimiento de transformación colectiva. Pero también, dados los discursos actuales sobre la inmovilidad de las emociones, ancladas supuestamente en la parte más animal de nuestro cerebro, el cambio se nos hace difícil, imposible de hecho, dado que lo que somos, lo que *sentimos*, *no podemos evitar* serlo ni sentirlo.

En cuanto al asco, y sus posibles cualidades transformadoras, debe recordarse que para mantener el orden social, puede optarse por dos vías: o bien hay un núcleo de valores positivos, ideales hasta cierto punto, que ‘motivan’ o ‘premian’ a aquellos que les buscan y les practican; o bien, se delimitan las fronteras de lo permitido, de manera que quede claro, qué se espera de los sujetos como comportamientos aceptables (no se levanta nada del suelo, ‘caca’).

Si existiera algo así como la socialización perfecta, esta consistiría en que deseáramos fervientemente aquello que coincide con los valores dominantes de una sociedad determinada y además nos lo tomaríamos como un reto personal, entonces lo ejecutaríamos con éxito. Pero si la cosa no es tan perfecta, hará falta además recordar qué cosas *no nos interesan*, qué cosas son inaceptables, qué cosas son abominables y qué cosas ni siquiera se pueden pensar. Hará falta *dar toques* de atención

que nos ayuden a visualizar dónde están los lindares de lo establecido, y que a veces olvidamos por las distracciones cotidianas.

En tanto que recreamos, mantenemos y cambiamos el orden social en nuestras vidas particulares, no es casual que las emociones adecuadas se correspondan con los valores –positivos– dominantes de la sociedad, por ello son adecuadas: “Por ello es curioso ver cómo la pasión y el enamoramiento están bien si como resultado llevan a la monogamia y a la reproducción en el caso de las mujeres o a una discreta poligamia en el caso de los hombres. La ira, la rabia y los celos se perdonan siempre y cuando sirvan para defender la propiedad privada y la tristeza y el dolor sólo son sublimes cuando los experimentan los pobres o marginados asumiendo así su condición ineludible en este mundo...” (Gil, 1999). Y como contrapartida, el asco nos hace sentir en carne propia lo que no es deseable.

Cuando en determinadas situaciones tenemos emociones que no encajan en ellas (como tener ganas de reír en un entierro o en el momento donde la pareja nos dice que nos va a abandonar o cuando un ser muy querido se confía con nosotros y nos explica un suceso importante y secreto que le ocurrió cuándo era pequeño), también existe la posibilidad de sentir asco de uno mismo, de los demás, de la situación, o simplemente desconcertarse ante el *fallo del sistema* que implica sentir erróneamente. Justo lo que hemos llamado emociones no deseadas y que se justifican por el hecho de que *no podemos cambiar aquello que no podemos controlar*. La emoción no deseada es una gran contradicción para el individuo, lo sumerge habitualmente en una preocupación por lo que haya hecho mal, le preocupa qué tiene que hacer consigo mismo para arreglarse, pero lo que no sabe es que en realidad lo que está queriendo hacer es ajustar su orden emocional al orden social establecido. Justamente analizar el

El asco, como cualquier otra emoción, es un fenómeno social, cultural y lingüístico.

asco, permite visualizar con claridad la normalidad al uso en un momento dado.

El asco es entonces, a primera vista, “conservador” nos ancla en nuestras categorías, nos ata al “sistema”, nos hace permanecer dentro del orden social/emocional establecido. Pero, al mismo tiempo, y como veremos en el punto siguiente, incorpora un cierto potencial transformador, nos hace indignarnos, nos hace sentir molestos, incómodos, y por lo tanto nos hace levantar la voz, en el momento en que, lo que nos da asco es la injusticia, el abuso, la pobreza... Quién siente asco ante una demostración de amor homosexual puede ver en esta sensación la confirmación de que el amor homosexual no es “natural”, pero también puede pensar que no está sintiendo correctamente y plantearse qué le ocurre... (por ejemplo, cuando la persona implicada en tal demostración de amor es un ser querido, próximo o admirado).

EL ASCO COMO DATO POLÍTICO

El asco es, por supuesto y como ha quedado claro, una emoción desagradable, negativa, no deseada e incluso inoportuna. Aparentemente, uno no desea sentir asco, aunque a pesar de ello, y como buena emoción que es, uno no pueda evitar sentirlo. Pero, ¿es esto cierto? El *Diccionario* de la Real Academia Española, en su XXII edición, define el morbo, en su segunda y tercera acepción, respectivamente como “Interés malsano por personas o cosas” y “Atracción hacia acontecimientos desagradables”. El asco también nos fascina, hasta el punto que tenemos una palabra dedicada justamente a este interés. Por supuesto ahí están los noticieros tele-

visivos para demostrarlo, aunque se trata de un asco controlado y moderado por los propios medios y por códigos de conducta. Y existe también una fascinación infantil y adolescente hacia el asco. En el caso de los niños, se manifiesta en la vida diaria ante el interés por las heces, escarabajos, mocos, etc. y también, de manera indirecta en la publicación de libros infantiles sobre el tema.⁶ En el caso de los adolescentes se manifiesta en el interés que muestran en navegar por internet a la búsqueda de imágenes repugnantes que compartir con los amigos, así como en la existencia de páginas web y de grupos de discusión que ofrecen justamente este servicio. Y, por supuesto, en la existencia de todo un género cinematográfico de lo asqueroso, el *gore*, y en las muertes escabrosas de los videojuegos. En todos estos casos el asco no deja de ser un dato político, dado que la fascinación por el asco no puede sino provenir de lo que la experiencia del asco ofrece: un viaje a los límites de nuestro orden social. Justamente, eso explicaría porque la fascinación infantil y adolescente por el asco terminan en un momento dado: cuando el orden social ha sido suficientemente retado, cuando se ha comprobado su solidez, deja de tener interés encontrar sus límites.

Pero, ¿cuáles son esos límites del orden social? Internet nos proporciona una manera fácil de ex-

⁶ Entre otros se pueden encontrar: *¡Qué asco! Enciclopedia de las cosas repugnantes*, de Joy Massot, publicada por Paidós; *Asquerosología: del baño a la cocina*, de Sylvia Branzei, publicado por Lamiqué; *El llibre de la caca*, de Pernilla Stalfelt, publicado por Empúries.

El asco también nos fascina, hasta el punto que tenemos una palabra dedicada justamente a este interés.

plorarlos. Una búsqueda rápida usando Google nos ofrece enseguida las imágenes que han sido etiquetadas o comentadas por quiénes las han colgado con la palabra “asco”. Solamente entre los primeros cuarenta resultados, sobre unas cuantas decenas de miles, ya encontramos una muestra amplia de las posibilidades que nos ofrece el asco. En general no se trata de imágenes tomadas por el propio usuario sino encontradas en la red y reetiquetadas con la palabra “asco” o utilizadas a modo de ilustración en algún comentario sobre algo que produce asco. Destaca el hecho que el asco moral es mucho más frecuente que el asco físico, visceral o contaminante, al que Rozin *et al.* (2000) llaman *core disgust*, si es que tal distinción puede sostenerse, dado que el uno y el otro se entremezclan constantemente y se dan sentido mutuamente,⁷ como por ejemplo cuando intentamos interpretar el asco en términos estéticos o políticos.

Esbozamos algunas de estas imágenes a continuación a modo de ilustración de los argumentos

presentados hasta ahora y con el fin de provocar alguna reflexión más:

Una de ellas es una composición de tres fotos, de las que se menciona en el pie: “Aunque no lo parezcan estas tres fotografías de actualidad tienen algo en común: Dan asco”. Se trata de una foto de una autopsia realizada en directo en un canal de televisión británico; de una foto de Michael Jackson en la que se pueden apreciar los daños causados a su cara por los tratamientos y operaciones a las que se ha sometido; y de una foto del derrame de petróleo que tuvo lugar en 2003 en las costas gallegas. Estas fotos preceden una breve reflexión sobre cada una de ellas, en tono de escándalo e indignación.

Otra foto es de Hugo Chávez y de Lula da Silva, presidentes de Venezuela y de Brasil, respectivamente, en la que Hugo Chávez afirma que Aznar, Toledo y Fox le dan “asco y lástima” por su relación sumisa con el imperialismo de Estados Unidos.

Otra es una serie de fotos de una señora mayor, desnuda (excepto por un pañuelo negro en la cabeza)

⁷ Como lo muestra esta definición del asco del *Diccionario del Español Usual en México*: asco s m 1 Sensación de malestar estomacal, generalmente acompañada de ganas de vomitar, provocada por algo que se ha comido o bebido: sentir asco. 2 Resistencia involuntaria e incontrolable a tomar alguna cosa: «El olor a grasa me dio asco y no pude comer». 3 Sensación de repugnancia física o moral hacia algo o alguien: «Me dan asco las ratas», «Los ostiones le dan asco», «Tanto servilismo da asco». 4 Ser algo o alguien un asco (Coloq) Ser sumamente desagradable, desprecia-

ble o repugnante: «Son un asco esos periódicos amarillistas», «Ese cantante es un asco». 5 Hacerle asco(s) a algo o a alguien (Coloq) Rechazarlo o eludirlo persistentemente: «Le hizo ascos a la comida de la pensión». 6 Estar, andar, quedar, etc., hecho un asco Estar, andar, etc muy sucio: «Después de la fiesta, la casa está hecha un asco», «Los niños quedaron hechos un asco en el lodo». 7 Poner del asco (Coloq) Regañar o insultar fuertemente a alguien, sin que éste oponga mucha resistencia: «Puso del asco a todos los burócratas corruptos».

y en poses sexuales, el nombre del archivo es asco.jpg, procede de una página llamada eresfeo.com, y se usa en varios blogs y discusiones, venga o no a cuenta, como un hecho entre gracioso y escabroso.

Otra representa un joven africano lavándose con orín de vaca. Se trata seguramente de un joven *nuer*, entre los que el orín de vaca tiene varios usos cotidianos relacionados con la higiene y la salud. Pero la foto no se usa con finalidades antropológicas sino todo lo contrario, como ejemplo de la pobreza africana, llamando a la oración para que “cosas como ésta” no ocurran más.

La siguiente es una composición artística en la que un brazo en descomposición y separado del cuerpo prende una luz eléctrica mediante un interruptor mientras su extremo desgarrado produce mariposas nocturnas que aletean alrededor de la bombilla encendida. Esta foto sirve para ilustrar un comentario despectivo hacia un concierto de Enrique Iglesias y de Pavarotti.

La siguiente también ilustra un comentario “sin palabras” sobre el MSN Messenger, y consiste en un pollo crudo a medio abrir.

La siguiente es una ilustración donde una mujer dispara contra un calendario, acompañada de la leyenda: “¡Qué asco de lunes!”

En otra, una “princesa del Pop” aparece fotografiada al salir de un coche, enseñando sus partes sin darse cuenta, lo cuál no impide al comentarista tildarla de “warra”.

En la siguiente, en un foro de un periódico y en el transcurso de una discusión política, Eduardo Zaplana, dirigente del Partido Popular, posa junto a un grupo de hinchas de la selección española de fútbol que llevan una bandera franquista.

En otra aparece una cocina sucia con un fregadero lleno a rebosar de platos aún por limpiar en el contexto de un blog cotidiano.

En otro blog aparece un cuadro pintado que representa la vida consumiéndose (como si fueran

velas), acompañado de un largo comentario que empieza con “la vida a veces es un asco”.

La siguiente es una captura de pantalla de la web de un periódico (“El Mundo”) en qué aparecen codo con codo una noticia sobre una inundación en Somalia y la boda de un actor famoso. Aparece también en un blog personal y la imagen ha sido tratada para destacar que la noticia más leída es la de la boda de Tom Cruise, el comentario es escueto: “Asco de mundo”.

La siguiente es una ilustración de una página de una universidad colombiana, imagen para la prevención de la bulimia en que se ve a una chica metiéndose los dedos en la boca para vomitar. En este caso el nombre de la página es “peligros.html” y el del archivo de la foto “asco.jpg”.

En un blog sobre publicidad se ve a un bebé tomando pecho, sólo que en el lugar donde debería estar el pecho se encuentra una hamburguesa de McDonald’s. La frase “Qué asco” inicia y termina el comentario. El título del *post* es “No apto para estómagos sensibles”.

La última que hemos seleccionado es de Diego Armando Maradona visiblemente subido de peso, y el título del *post* es “Maradona eres un asco...”

A la hora de enfrentarse a estas imágenes, el problema no es su diversidad, que podría complicar su clasificación, sino el hecho que todas pertenecen a diferentes categorías de asco simultáneamente. Por ejemplo, la imagen del petróleo ensuciando las costas gallegas es tanto una ilustración del asco hacia lo que ensucia, del asco entendido como contaminación, como del asco por la violación, en este caso de la naturaleza, y por supuesto del asco político hacia los responsables de dicha tragedia. Incluso se puede interpretar como un asco estético por la pérdida de la belleza natural de la costa gallega.

Otro ejemplo, la señora mayor en actitud sexual, es asco estético en el sentido que incumple

Finalmente no deja de ser un argumento, pues la emoción “convence” al hacer acto de presencia.

todos los cánones vigentes, pero también asco hacia la decadencia del propio cuerpo, un asco relacionado con las cosas que dejan de funcionar y al mismo tiempo por supuesto es asco político: nos informa sobre el desprecio hacia la gente mayor que caracteriza nuestra sociedad contemporánea. Relacionadas con ésta, encontramos las imágenes de la obesidad de Maradona, de la cara demacrada de Michael Jackson y del vómito de la bulímica, todas son asco estético, político y moral, porque lo que no se tolera es la falta de control en el cuidado corporal (tanto por defecto como por exceso).

Miller (1997) cita el *tedium vitae*, ese asco hacia las servidumbres de la vida cotidiana, que vemos ejemplificado en la cocina sucia, y en las expresiones “asco de vida”, “vida asquerosa”, “puta vida” ...y por supuesto el calendario agujereado justamente en el lunes. Pero esta última ilustración también nos habla de la servidumbre del trabajo y por lo tanto de la política.

La imagen del joven *nuer* se usa con un fin político, reclamar el fin de la pobreza, pero sin quererlo ilustra sobre todo nuestra repugnancia hacia el orín y las heces, y un sentido agudo del “debe ser” universal de cualquier cosa que nos emocione, tanto positiva como negativamente. La campaña de McDonald’s que tanto asco suscita es un caso parecido, el discurso en contra de los *fast-food*, que es un discurso político, anclado en ideas tan diversas como el imperialismo y lo natural violado, es una muestra también de la au-

sencia de universalidad del asco y de lo chocante que es encontrarse tanto con el asco del otro como con la ausencia de asco hacia lo “universalmente” repugnante.

Suscitan también asco las mezclas impropias, como juntar una noticia dramática con una noticia del corazón, o bien ver a una “princesa”, del pop, comportarse supuestamente como una prostituta, que es un asco moral que ilustra además el asco sexista, al igual que lo ilustraban las fotos de la señora mayor. Destaca por supuesto la ausencia, al menos en los espacios abiertos de la red, del asco racista y del asco homófono, presentes en la vida cotidiana pero desterrados de la vida pública en los espacios donde impera lo políticamente correcto (como Google).

CONCLUSIONES

La emoción todo lo permea, por eso no se puede describir racionalmente, mediante tipologías y clasificaciones. Tan sólo se puede constatar su presencia y comentar sus efectos, sabiendo que al hacer tal cosa también la estamos invocando en el lector. Lo cuál finalmente no deja de ser un argumento, pues la emoción “convence” al hacer acto de presencia. Se puede ver esto como un peligro, la emoción nos alejaría del debate racional, esto es un clásico del pensamiento científico. Pero lo realmente peligroso es menospreciar el papel de la emoción en lugar de analizarlo. Las emociones forman parte del lenguaje de la misma manera que las palabras, conocemos las pa-

labras bien, pero se nos escapa aún el sentido a menudo, pues es lo que nos trae la emoción, indisociable, por cierto de toda acción comunicativa humana.

El estudio detallado de la vida social de nuestras emociones abre una puerta al análisis sociológico y psico-social que difícilmente puede considerarse irrelevante. Pasar a través de ella puede dar miedo, porque las emociones se pegan, porque uno puede caer fuera del discurso racional, salir de la lógica científica y no saber como volver a entrar. Porque uno no quiere convencer mediante la invocación a la emoción sino por lo razonable de sus argumentos. Pero por poco que uno haya sentido un poco de asco en algún momento al leer este texto, se habrá dado cuenta de que en realidad el lector mismo es su propia fuente de datos empíricos, el lector deviene entonces el objeto investigado y puede sacar sus conclusiones por sí mismo.

Poner en discusión la existencia de unas relaciones de control que tienen una serie de repertorios, de conductas y de emociones asociadas que permiten reproducirlos, nos proporciona la oportunidad para comprender un poco más nuestra realidad social y quizás abra algún camino a la transformación. Siempre y cuando no creamos que la mera discusión sea la solución y la puerta directa a la transformación, si no que se trata más bien de una posibilidad que se nos ofrece para reconstruir el sentido de lo que sentimos. El objetivo de este texto ha sido el de mostrar que no hay que dar por supuesto lo que uno siente, que no se trata de un “dato” de los sentidos sino que lo que uno siente, cuando siente asco por ejemplo, forma parte del orden emocional establecido. El asco es un “dato” social, algo que nos informa sobre cómo estamos hechos, quiénes somos, dónde estamos y a quién le vamos.

BIBLIOGRAFÍA

Brown, R., Murphy, D., Stich, S., Dryden, D., Redding, P., MacNaughton, N., y Griffiths, P. (1999). “Eliminating Emotions?” (revisiones de *What Emotions Really Are: The Problem of Psychological Categories* by Paul E. Griffiths), *Metascience*, 8 (1): 562.

Corbin, A.; Courtine, J.J.; y Vigarello, G. (2006). *Histoire du corps*, París, Éditions du Seuil.

Crawford, J.; Kippax, S.; Onyx, J.; Gault, U. y Benton, P. (1992). *Emotion and Gender. Constructing Meaning from Memory*, Londres, Sage.

Foucault, M. (1975). *Surveiller et punir*, París, Éditions Gallimard.

——— (1977). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.

Gil, A. (1999). “Aproximación a una teoría de la afectividad”. Tesis doctoral. Departament de Psicologia de la Salut i Psicologia Social, Universitat Autònoma de Barcelona, ISBN 84-490-1844-7.

Griffiths, P. (1997). *What Emotions Really Are*, Chicago, University of Chicago Press.

——— (2004). “Emotions as Natural and Normative Kinds”, en *Philosophy of Science*, volume 71, pp. 901-911.

Miller, W.I. (1997). *Anatomía del asco*, Madrid, Taurus. 1998.

Ortony, A., Clore, G.L. y Collins, A. (1988). *La estructura cognitiva de las emociones*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

Ortega y Gasset, J. (1947). “La deshumanización del arte e ideas sobre la novela”, en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, III, pp. 359-362.

Rozin, P., Haidt, J. y McCauley, C.R. (2000). “Disgust”, en Michael Lewis y Jeannette M. Haviland-Jones (eds.) *Handbook of Emotions*, segunda edición, Nueva York: The Guilford Press, pp. 637-653.

Shachter, S. y Singer, J.E. (1962). “Cognitive, social and physiological determinants of emotional state” en *Psychological Review*, 69, pp. 379-99. †